

la, su sobrino; despues de hacer numerosas prisiones, concluyó por hacerse dueño de aquella tierra.

Tambien su rival fué hecho prisionero.

Comprendiendo Nieto que Hernan Cortés no dejaria sin castigo el abuso que habia hecho de los poderes recibidos, tomó sus precauciones para estar al abrigo de lo que pudiera sobrevenir.

---

## Capítulo XLVII.

---

En el que se verá que Cortés, despues de caer en el mayor desaliento con motivo de la traicion de Jorge Nieto, envia á Francisco de las Casas para castigarle.

Honda pena produjo en el corazon de Hernan Cortés aquella nueva deslealtad de uno de sus más queridos capitanes.

Recordaba con dolor las incesantes luehas que habia tenido que sostener hasta llegar al punto en donde se encontraba; se presentan á su memoria las intrigas que habia descubierto, las conspiraciones que habia deshecho, y en algunos momentos sentia que desmayaban sus fuerzas.

—De nada sirve, —exclamaba,—que un hombre conciba un pensamiento grande; de nada sirve que se sienta con un genio poderoso para realizarle; de nada sirve que tenga valor suficiente para arrostrar todas las privaciones, para desafiar los mayores peligros,

si en la oscuridad brilla el puñal de un traidor que trata de desbaratar todos sus planes.

Pero ¿cuándo, Dios mio, cesarán estas inquietudes? Por grandes que sean mis pecados, —añadia, hincándose de rodillas y elevando las manos al cielo, — ¿no son bastantes las pruebas á que me habeis sometido, no son suficientes los castigos que han pesado sobre mí?

Es verdad que me he olvidado de mis deberes de esposo, que he faltado á los de padre.

Pero ¿acaso el hombre no nace predispuesto al pecado? Por otra parte, harto cruelmente he expiado estos delitos.

Próximo al ocaso de mi vida, me hallo sin tener á mi lado un sér querido que me indemnice de las horas amargas que me producen los cuidados anejos de mi cargo.

La nieve blanquea mi cabeza; y cuando llegue el fin de mis días no habrá una mano generosa que cierre mis ojos, que me encomiende á Dios durante el sueño eterno.

¿Qué he gozado yo en el mundo?

¿Acaso han arrullado mi juventud esas risueñas esperanzas, esos dulcísimos sentimientos que emanan del amor?

Pero no debo quejarme.

La Providencia es justa.

Me habia unido á una mujer que era un ángel.

En vez de corresponder á su cariño la abandoné en pos de sueños ambiciosos.

¿Y para qué? Para atesorar unas cuantas monedas de ese vil metal que llaman oro, y para ceñir á mi frente la aureola de la gloria.

¿Y qué es la gloria? Un fantasma.

La fama póstuma no puede compensar jamás lo que he padecido durante mi vida.

Su desesperacion era tan inmensa, que habia momentos en que hasta cruzó por su mente la idea del suicidio.

—No, no,—exclamaba;—yo no debo de ningún modo atentar á mi existencia. Mi muerte abreviaría los días de dos séres queridos, á quienes he olvidado antes, diciendo que estaba solo en el mundo.

¡Perdonadme, mis queridos padres! ¡Perdonad á un loco, porque loco es el que un momento puede olvidar la gratitud que debe á los que le dieron el sér!

Continuaba hablando consigo mismo, y de pronto exclamó:

—Mi conciencia me prohíbe cometer un nuevo crimen. La suerte se complace en hacerme sufrir: yo lucharé con ella, y venceré.

Y con la grandeza de alma que le caracterizaba, como si el monólogo que acababa de sostener fuese una nubecilla en medio del firmamento azul, recobró su acostumbrada calma.

Como es natural, lo primero en que pensó fué en castigar la deslealtad de Jorge Nieto.

Llamando á su presencia á Francisco de las Casas le dió la orden de salir inmediatamente para San Gil de Buenavista.

Llevaba ámplios poderes, y le encargó principalmente que prendiese al que tan mal habia correspondido á su confianza.

A bordo de dos naves muy buenas, y acompañado de suficiente número de tropas, se dió á la vela para cumplir su cometido.

Apenas divisó Jorge Nieto que se aproximaban aquellas embarcaciones, sospechó el objeto que les llevaba.

Trasladándose á bordo con toda su gente, trató de disputar el paso á sus contrarios.

Francisco de las Casas hizo señales de que venia de paz.

Nieto, no solamente no dió crédito á aquellas indicaciones, sino que haciendo jugar la artillería, echó á pique una carabela de Casas.

Afortunadamente, toda la tripulacion se salvó en los botes.

Estaban meditando respecto á la resolucion que deberian tomar, cuando sobrevino un récio temporal, que impulsó á la única nave que les quedaba y á las barquillas á un sitio en que con la mayor facilidad, sin derramamiento de sangre, les apresaron los de Jorge Nieto.

Tres dias estuvieron sin probar bocado, y algunos no pudieron resistir esta terrible prueba.

Murieron más de cuarenta españoles, y los que les sobrevivieron se hallaban sumidos en la mayor angustia, porque temian tener igual fin.

Su alegría fué inmensa cuando el dia siguiente

les obsequió Jorge Nieto con un espléndido banquete.

Terminado el festin, hizo jurar sobre los Evangelios, tanto á los soldados de Francisco de las Casas como á los que estaban en su poder procedentes de la expedicion de Gil Gonzalez de Avila, que le obedecieran en todo y por todo, que jamás harian armas contra él, ni volverian á unirse á Cortés.

Despues de prestado el juramento, puso á todos en libertad, á excepcion de Francisco de las Casas y de Gil Gonzalez de Avila.

A estos dos los señaló por prision una de las habitaciones de su casa, y allí fueron conducidos.

En el momento de hallarse solos, cayendo Gil Gonzalez de Avila á los piés de su compañero:

—Yo os ruego que me perdoneis por haber desobedecido las órdenes de nuestro generoso caudillo. Interponed con él vuestra influencia, si, como deseo, llega el caso de reunirnos con él. Yo me he dejado llevar de ideas ambiciosas, porque en España he dejado una familia poco ménos que en la miseria; pero os puedo asegurar que si mucho he sufrido pensando en su triste suerte, no tiene comparacion con lo que en estos momentos me hace sufrir mi conciencia.

—Si vuestro arrepentimiento es sincero, — dijo Casas, — aún podreis lavar la mancha que habeis echado sobre vuestra honra.

—¿Acaso meditais algun plan que pueda sacarnos de este cautiverio?

—Sí; voy á tratar de que nos conceda libertad Jorge Nieto para ir á reunirnos con nuestro caudillo.

—No abrigueis es dulce esperanza.

—Tanto peor si no accede á mis súplicas. La situacion en que nos encontramos y el recuerdo de su traicion, me impulsará á que no retroceda ante consideracion alguna, con tal de realizar mi propósito. ¿Puedo contar con vos?

—Mandad, y obedeceré como un esclavo.

Jorge Nieto, por un alarde de valor, comia todos los dias con los dos prisioneros.

Al siguiente dia de la conversacion que acabamos de referir á nuestros lectores, Francisco de las Casas le rogó que le dejase en libertad, porque era un deber suyo comunicar á Hernan Cortés lo que ocurría.

Le aseguraba que en terminando su mision volveria á ponerse á sus órdenes, y por la fé de caballero juraba que eran sinceras sus palabras.

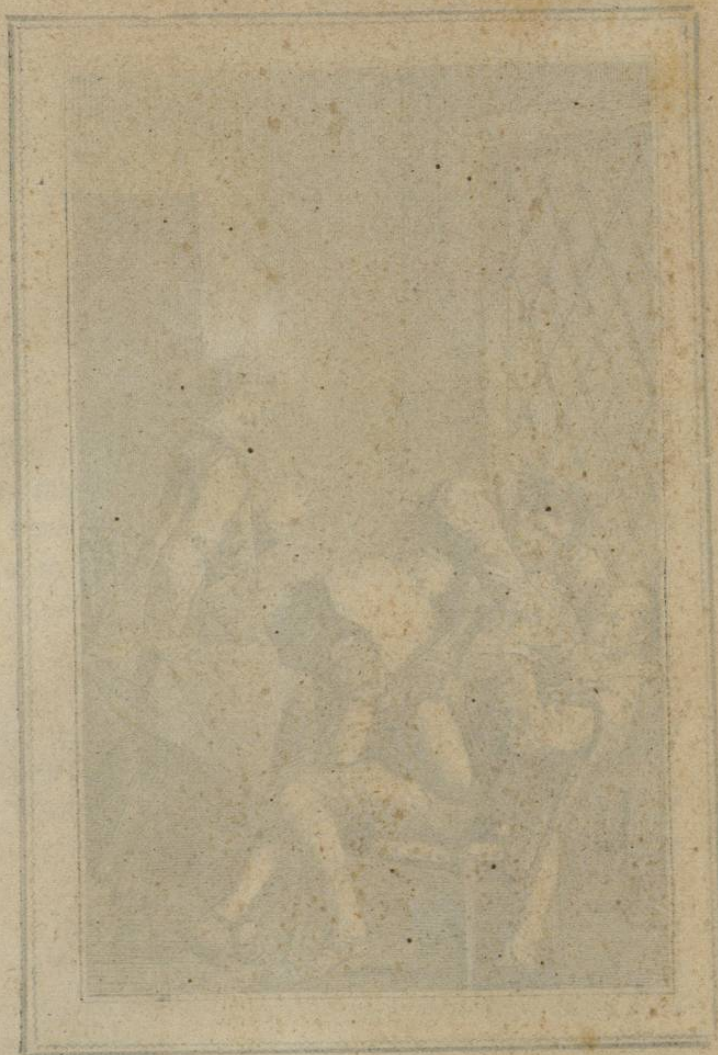
—No me creais tan cándido,—dijo Nieto.

—Pues en ese caso, os advierto que redobleis vuestra vigilancia, que tomeis toda clase de precauciones, porque de lo contrario es fácil que peligre vuestra vida.

—Imprudentes son esas palabras en boca de un prisionero; pero para que veais que desprecio vuestras amenazas, continuaré dispensándoos las mismas atenciones que hasta aquí os he guardado.

Y sin añadir una palabra más, abandonó la habitacion, dejando de nuevo solos á sus prisioneros.

—Esta noche mismo se dá el golpe,—dijo Francisco de las Casas.—Si es tan fanfarron que viene á cenar, pagará cara su arrogancia.



HERNAN CORTÉS.—Esto paso lo con los traidores.—revelando



HERNAN CORTÉS.—Esto hago yo con los traidores,—exclamó

Jorge Nieto habia llevado su temeridad hasta el punto de no quitarles los cuchillos que tenian.

Apenas llegó la hora de la cena, en el momento de sentarse á la mesa se arrojó Las Casas sobre él, y sujetándole por la barba, le causó infinitas heridas.

—Esto hago yo con los traidores,—exclamó.

Jorge Nieto, haciendo un supremo esfuerzo, pudo desasirse de él, y derribando en tierra á Gil Gonzalez, huyó al campo, donde se escondió en una choza.

Esperaba á los suyos, que habian ido á cenar, y abrigaba el proposito de ponerse al frente de ellos para matar á sus prisioneros.

Pero estos, jugando el todo por el todo, gritaron en el momento en que se hallaron libres:

—¡Aquí los de Cortes!

Y cuantos habian desertado de las filas del ilustre caudillo, arrepentidos de su conducta se apresuraron á aprovechar aquella ocasion que les brindaba el perdon de su deslealtad.

Preientárorse, en efecto, y no hay para qué decir la alegría que produciria su llegada en Las Casas y Gonzalez.

Se leyó en seguida un pregon para averiguar el paradero de Jorge Nieto, y una vez preso este, se constituyeron en jueces los que momentos antes eran sus prisioneros.

Le sentenciaron á ser degollado en público, y la ejecucion tuvo lugar á los tres dias de terminado el proceso, en la villa de Naco.

Después de la muerte de Nieto gobernaron la gente y tierra Francisco de las Casas y Gil González de Avila.

Cuando hubieron poblado la villa de Trujillo, se encaminaron por tierra á Méjico.

Tenia la audiencia de Santo Domingo autoridad del emperador para castigar al que moviese guerra entre los españoles del territorio de Higueras.

Envió á su fiscal Pedro Moreno para que abriese una informacion sobre los últimos sucesos.

Pero llegó tarde.

Ya se había cumplido la cruel sentencia de Jorge Nieto, y los que la habían dictado se hallaban camino de Méjico.

---

## Capítulo XLVIII.

---

Donde Hernan Cortés, siguiendo el consejo de Anton Perez, hace los preparativos para ir él mismo á San Gil de Buenavista.

Viva satisfacción experimentó el ilustre Hernan Cortés cuando supo por Francisco de Las Casas los pormenores de su expedición, si bien lamentó el triste fin que tuvo Jorge Nieto.

Anton Perez, que con su hipocresía había logrado captarse la voluntad del ilustre caudillo, siendo objeto de la mayor confianza, cuando este le trasmitió las noticias que acababa de recibir, exclamó:

—No hay que batir palmas tan pronto, señor; rebelde que ha terminado sus días de una manera tan desgraciada, debía haber despertado simpatías por aquellos alrededores, según lo espléndido que se mostraba. Yo creo que para evitar nuevas com-

plicaciones debíais vos mismo ir allí, y de ese modo formaría una idea exacta del espíritu que reina.

Hernan Cortés, que participaba de la opinión de Anton Perez, acabó de decidirse con el consejo de este.

Empezó á hacer los preparativos para la expedición y al apercibirse de ello sus oficiales, no aprobaron aquella determinación.

Acordaron presentarse todos al caudillo y hacerle desistir de su empeño.

Así lo hicieron, y al hallarse en su presencia:

—Ha llegado á nuestra noticia, —dijo uno,— que en breve vamos á salir para San Gil de Buenavista.

—Así es, en efecto.

—Pues venimos á rogaros que mediteis en las consecuencias que puede ocasionarnos.

—No creo que haya nada que temer.

—A nuestro juicio, importa más la seguridad de Méjico que la de Higueras.

—¿Qué duda tiene?—añadió otro.—Durante nuestra ausencia pueden revelarse los indios y matar á los pocos españoles que queden.

—Y es más fácil de lo que parece que eso suceda,—continuó otro:—así todos los días andan llorando la muerte de sus padres y el cautiverio en que ellos viven.

Además, si se pierde Méjico, bien puede decirse que se pierde todo lo conquistado.

Creednos, no abandoneis este territorio; estando

vos aquí nada hay que temer de los mejicanos, porque más que á todos nosotros juntos, os respetan á vos; teneis una gran influencia.

Por otra parte, el camino es muy largo y trabajoso, y de esa expedición no puede esperarse provecho alguno.

—Atendibles son algunas de las razones que alegais; pero no es posible dejar sin correctivo lo que ha pasado.

Mi generosidad se calificaría de cobardía, de debilidad, y los muchos capitanes que andan diseminados por la Nueva España se rebelarían también, cometerían mil excesos, y obligarían á los indios á hacer un supremo esfuerzo para salir del dominio que sobre ellos tenemos.

Si esto sucediese, serían estériles cuantos sacrificios hiciéramos para ganar de nuevo el terreno que perdiéramos.

—¿Pero qué teneis que temer en San Gil de Buenavista, habiendo venido con Las Casas todos los soldados que favorecían los planes de Jorge Nieto? ¿Para qué ir allí?...

—No es precisamente á San Gil de Buenavista adonde pienso dirigirme, sino á Coazacoalco y á otras provincias en donde la tranquilidad está amenazada.

Los capitanes se retiraron.

Hernan Cortés, cuya actividad conocemos, trabajó sin levantar mano en organizarlo todo, para que durante su ausencia no ocurriera ningún entorpecimiento.

Dictó medidas importantes respecto á la gobernación de la ciudad.

Mandó que la conversión de los indios se continuase con el mayor celo posible.

Escribió á todos los alcaldes y demás funcionarios que habia nombrado para que derribasen los ídolos.

Hizo nuevos repartimientos á los oficiales del rey y á otros muchos, para no dejar á nadie descontento, y despues se ocupó del nombramiento de las personas que habian de sustituirle en el mando durante su ausencia.

Anton Perez, que aprovechaba todas las ocasiones para sus planes de venganza, influyó en el ánimo de Cortés para que uno de los elegidos para reemplazarle, mientras él estaba ausente, fuera el contador Rodrigo de Albornoz.

—Se os presenta,—le dijo,—el momento de dar una lección á uno de los funcionarios que últimamente han venido, y que sin saber por qué, se ha presentado en abierta hostilidad con vos.

—¿A quién aludís?

—Aludo al contador Rodrigo de Albornoz.

Hernan Cortés, que no era rencoroso, y por lo tanto ya se habia olvidado de las diferencias que habian mediado con dicho funcionario:

—La indicación es razonable, y la acepto; por otra parte, reconozco dotes no vulgares en Albornoz; y este y el tesorero Alonso de Estrada serán mis tenientes gobernadores.

—¿Y á quién pensais nombrar para que entienda en los asuntos de justicia?

—Al licenciado Alonso Zuazo.

—¡Excelente elección! Pero se me ocurre una cosa,—añadió Anton Perez, manifestando que se interesaba mucho por Hernan Cortés.

—Hablad.

—Gonzalo de Salazar y Peralmindez Cherino pudieran resentirse por la preferencia que dais sobre ellos al tesorero y al contador, y su amor propio ofendido...

—Os doy gracias por vuestro consejo; pero ya habia pensaba en eso. Salazar y Cherino vendrán conmigo; de este modo no se suscitarán rivalidades.

Dejó á Francisco de Solís por jefe de la artillería y alcaide de las atarazanas, y proveyó abundantemente los bergantines de armas y municiones por lo que pudiera ocurrir.

Acordó llevar en su compañía á los señores principales de Méjico y Culúa, porque podian promover algun trastorno durante su ausencia.

Entre ellos fueron Conanacochein, señor que fué de Tezcuco; Tetapanque Zalt, señor de Tlacopan; Oquici, señor de Azcapuzalco; Xihuacoa, Tlacatlec y Mexicalcinco, hombres todos muy temibles por el mucho prestigio de que gozaban entre los mejicanos.

Tomadas, pues, todas estas disposiciones, partió Cortés de Méjico en el mes de Octubre del año de 1524.



Ya habrán adivinado nuestros lectores que al aconsejar Anton Perez al caudillo que debía emprender el viaje que llevó á efecto, era por que se prometia durante su ausencia excitar los ánimos para que todos se rebelasen contra él.

Por la misma razon trató de que uno de los tenientes gobernadores nombrados fuese su amigo el contador Albornoz.

Prosigamos el curso de nuestra historia.

---

## Capítulo XLIX.

Envidias y rivalidades.

Pocos dias despues de la salida de Hernan Cortés, se suscitaron envidias y rivalidades entre Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz.

María del Pinar Rui Perez, esposa del primero, le decia continuamente que Luisa Castroverde, mujer del segundo, se jactaba en público de que su marido tenia poderes amplios de Hernan Cortés, y de que andando el tiempo él solo habia de mandar en absoluto en Méjico.

Esto dió lugar á infinitos disgustos, y aunque Estrada y Albornoz se contenian dentro de los límites de la conveniencia, llegó un momento en que, obediendo á sus malas pasiones, dieron rienda suelta al ódio que mutuamente se profesaban.